XI Domingo del Tiempo Ordinario C

Un Dios que no margina

"Un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Y estando a la mesa, una mujer pecadora vino con un frasco de perfume y se puso a regarle los pies al Señor con lágrimas". San Lucas, cap. 7.

Las primeras mujeres del Nuevo Testamento nos las presenta san Mateo en su genealogía del Señor y son dos pecadoras: Tamar y luego Rahab, la madre de Booz.

De Tamar, señala el Génesis que ejercía la prostitución sagrada. Rahab era la dueña de "un conocido albergue junto a los muros de la ciudad", como dice Flavio Josefo, eufemismo para designar un burdel. Y cuando los judíos echan en cara a Jesús: "Nosotros no hemos nacido de prostitución", quizás le estaban enrostrando esos turbios ancestros.

Pero cuenta san Lucas que un fariseo, quizás por curiosidad, o por darse importancia, ha invitado a comer al Señor. Y cuando todos los convidados están ya reclinados en círculo, en torno a la mesa, aparece "una de aquellas".

La casa de Simón, a donde no podía llegar nada impuro, queda contaminada de inmediato por esa mujer, conocida por todos "como una pecadora".

Los presentes se sorprenden aún más cuando la intrusa, "con un frasco de perfume y colocándose detrás, junto a los pies del Señor, llorando, se pone a regarle los pies con sus lágrimas. Los cubría de besos y se los ungía con el perfume". Como si la escena no fuera lo suficientemente escandalosa, san Lucas añade que la mujer "le enjugaba a Jesús los pies con sus cabellos".

Toda mujer judía guardaba cubierta la cabeza. Sólo las prostitutas soltaban sus cabellos para seducir a los clientes.

Los invitados están atónitos. Dejarse rozar apenas por una de estas mujeres volvía a un hombre impuro, inhábil para relacionarse con Dios. Y los rabinos prescribían que, ante una prostituta, había que mantenerse a la distancia de dos metros.

¿Y el Maestro? Ninguna reacción. Jesús no la rechaza. ¿Por qué no la reprende?

Para el fariseo es claro entonces que su huésped no es ningún profeta. De serlo "sabría quién esa mujer que lo está tocando y qué clase de mujer es: Una pecadora". Con toda razón otros comentarán que Jesús es "un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadoras".

La visión del fariseo se opone diametralmente a la del Jesús: El dueño de casa juzga a la mujer desde la religión legalista de entonces. Jesús la mira desde el amor del Padre celestial que lo ha enviado no a condenar, sino a "buscar lo que estaba perdido".

A Simón que mira únicamente una pecadora, Jesús le corrige: "¿Ves esta mujer?" Una expresión que algunos biblistas han traducido por "señora". Desde la mentalidad de fariseo esta mujer está incitando a los presentes. Para Jesús, esas actitudes manifiestan su fe: "Tu fe te ha salvado".

Jesús no la invita a "No pecar más", como lo hizo otra vez con la adúltera. La invita a caminar en paz. Es decir, hacia una meta de serenidad. A avanzar en la medida en que sus circunstancias le permitan. "Sus muchos pecados se le han perdonado porque tiene

mucho amor”, advierte el Maestro. Que siga amando, lo que ella sabía hacer, aunque ahora de una forma distinta.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y